

considerado, la noche existe si no existe el día.

—Tengo mis miedos de que no existe ni la una ni el otro.

—Tal vez, amigo. Y si tuviéramos el tiempo necesario para tomar una idea de todos los conocimientos, quiero decir, de varias existencias del hombre, yo te probaría en un tercer razonamiento que la noche y el día existen; pero ya hemos hablado bastante de ciencias físicas: pasemos á las naturales.

Medericó y Sidonio no se detenían para hablar, pues como su objeto era encontrar el Reino de los Dichosos, rodeaban el globo desde el Norte al Mediodía, de Este á Oeste, sin permitirse el más pequeño descanso. Aquella manera de buscar un imperio tenía grandes ventajas, pero no dejaba de encerrar alguna contrariedad, gracias á las cuales Sidonio estaba expuesto á cojer un reumatismo ó unos sabañones al pasar sin transición de los calores asfixiantes de los trópicos á los vientos helados del Polo. Lo que más le contrariaba era la brusca desaparición del sol cuando entraba en otro hemisferio, y todas las vulgarizaciones del mundo no hubieran bastado para explicarle aquel fenómeno, que producía en sus ojos el mismo efecto irritante de las varillas de una persiana abiertas y cerradas repentinamente. Puedes juzgar por ese hecho el paso que llevarían los viajeros, es decir, uno solo, porque el otro viajaba en la oreja de su amigo, más muellemente reclinado que so-

bre los cojines de la mejor silla de manos, ocupándose poco de los accidentes del terreno ni de las opuestas temperaturas.

Acababan de entrar en un hemisferio lleno de luz, y Medericó sacó la cabeza.

—En las ciencias naturales, el estudio más interesante es el de las diversas razas de una misma especie animal. Por otra parte, el estudio de la especie humana ofrece un atractivo particular á los sabios, porque afirman haber costado un día de trabajo al Creador y no ser de la misma naturaleza que las demás criaturas. Vamos á examinar las diferentes razas de la gran familia de los hombres, para lo cual necesito que permanezcas en este iluminado hemisferio, á fin de poder ver á nuestros hermanos y leer en sus rostros la verdad de mi aserto. Desde el primer golpe de vista puedes convencerte de que sus fisonomías, vistas por un observador imparcial, son muy feas en todos los países. En cada nación hallan entre sí una rara belleza de líneas, efecto de su imaginación, puesto que los pueblos no están de acuerdo sobre la idea de la belleza absoluta y cada uno adora lo que desdeña el vecino; una verdad es verdadera con la condición de ser verdadera en todas partes y para todos. No insistiré más sobre la fealdad universal. Las razas humanas que ves á tus pies son cuatro: negra, roja, amarilla y blanca. La única pregunta que quiero hoy profundizar es de gran lucimiento para el hombre que quiera vul-

garizar. ¿Era Adán negro, blanco, amarillo, rojo? Si afirmo que era blanco porque yo lo soy, no sé cómo explicar los diversos cambios de color sobreenvenidos á mis hermanos, los cuales, al creer al primer hombre hecho á su imagen y semejanza, se hallarán tan perplejos como yo. La pregunta es espinosa, y aunque los que poseen el alto oficio de la ciencia te la explicarian por el hecho de las influencias del clima y los alimentos, y otras muchas razones difíciles de prever, me entenderás á mi mejor en mi vulgar lenguaje. Sí, amigo mío, si hoy se encuentran hombres de distintos colores, negros, rojos, amarillos y blancos, es porque Dios el primer día creó cuatro Adanes, cada uno de un color distinto.

—Mederico, tu explicación me satisface completamente. Pero dime: ¿no la encuentras algo impía? ¿Dónde dejas entonces la paternidad de los hombres? Además, ¿no existe un libro redactado por el mismo Dios, que habla de un solo Adán, Soy muy sencillo y no apruebo tu conducta, que me induce á pensar mal.

—Eres muy exigente si quieres que dé la razón á los demás y me la quite á mí mismo. Sin duda mi modo de ver en esta materia, que me pertenece por completo, ataca vieja creencia muy respetable por su antigüedad; pero ¿qué perjuicio puede causar á Dios estudiar su obra con toda libertad, puesto que El mismo nos hizo tan precioso don? Discutir su obra no es negarla, y aunque negase

al Creador bajo una forma, sería para presentártelo bajo otra. ¡Vaya, vaya, hijo mío; me he metido en vulgarizar la teología! La teología es la ciencia de Dios.

—Bueno—interrumpió Sidonio—ya lo sé. Basta para ser maestro en ella pensar rectamente; es una ciencia sencilla que se explica en dos palabras.

—¿Qué dices? ¿La teología una ciencia sencilla? Verdaderamente es cosa fácil para los corazones sencillos reconocer un Dios y limitar á eso toda su ciencia, siendo sabios á poca costa; pero los espíritus inquietos, después de hallar á Dios, le adornan según su gusto para mejor comprenderle, y defendiendo su ídolo cada cual ataca al del prójimo. De ahí nace ese amontonamiento de volúmenes, esa querrela eterna, sobre el modo de ser del que lo es todo, la mejor manera de adorarle sus manifestaciones sobre la tierra y el objeto final que se propone. ¡El cielo me guarde de vulgarizar tal ciencia mientras tenga sentido común!

Mederico guardó silencio, entristecido por él. Sidonio no le oyó, porque en aquel momento dió una zancada que le condujo hasta la China, donde fué grande su asombro al ver sus habitantes, sus ciudades, su civilización. Preguntó:

—Este pueblo me hace desear, querido amigo, verte vulgarizar la historia. Este imperio debe tener larga fecha en los anales de los hombres.

—Pues que no te cansan mis lecciones—respondió el enano;—voy á darte en pocas palabras un curso de historia universal. Mi método es sencillo y cuento aplicarle algún día: reposa sobre la nada del hombre. Cuando el historiador interroga á los siglos, ve á las sociedades elevarse desde su más supina ignorancia hasta la más alta civilización, para caer de nuevo en su primitiva barbarie. Así se suceden los imperios, aniquilándose uno á uno, y cada vez que un pueblo se juzga llegado á la suprema ciencia, la misma ciencia causa su ruina y vuelve el mundo á su ignorancia nativa. Al principio de los tiempos, Egipto levantó sus pirámides, rodeó el Nilo de ciudades, resolvió á la sombra de los templos los grandes problemas cuyas soluciones busca aún la humanidad: ella tuvo la primera idea de la unidad de Dios, de la inmortalidad del alma, y murió en la noche de las fiestas de Cleopatra, arrastrando tras sí los secretos de diez y ocho siglos. Grecia sonrió entonces perfumada y melodiosa, y aún su nombre nos recuerda gritos de libertad y cantos sublimes. Pobló el cielo de ilusiones, divinizó con su cincel el mármol, hasta que bien presto, harta de gloria y de amor, se borró de la tierra, no dejando más que ruinas para demostrarnos su pasada grandeza. Por último, Roma se elevó engrandecida por los despojos del mundo: sometió con valor á los pueblos, reinó por derecho escrito, y perdió la libertad al adquirir el

poder: heredó las riquezas de Egipto, el valor y la poesía de Grecia; pero cuando la guerrera tornóse cortesana, un huracán del Norte pasó sobre la ciudad eterna, destruyendo por do quiera el arte y la civilización.

—¿Y la China?—preguntó modestamente Sidonio.

—¡La China! Llévete el diablo—exclamó Merderico.—Ya ha terminado mi lección de historia universal, y no me queda aliento para semejante pueblo. ¿Acaso existe la China? Crees verla, y las apariencias te dan la razón; pero abre el primer tratado de historia que encuentres, y no hallarás diez páginas que hablen sobre ese pretendido imperio, tan grande para esos bromistas geógrafos!

Una mitad del mundo ha ignorado siempre la historia de la otra mitad.

—Pues el mundo no es tan grande—repuso Sidonio.

—Dejando bromas á un lado, te diré que estimo á la China y la temo al mismo tiempo, como á todo lo desconocido. Creo ver en ella la nación del porvenir, y mañana, cuando nuestra civilización muera como murieron tantas otras, el extremo Oriente heredará las ciencias del Occidente y será la nación educada y sabia por excelencia. Esa es una deducción matemática de mi método histórico.

—¡Matemática!—dijo Sidonio al abandonar pe-

saroso el país chino.—Quisiera saber matemáticas.

—Las matemáticas, hijo mío, han hecho muchos ingratos. Consiento, sin embargo, en hacerte gustar esas fuentes de toda verdad, pues aunque el sabor es amargo y hacen falta muchos días para que el hombre se acostumbre á la voluptuosidad de una eterna certeza, las ciencias exactas tienen la ventaja de contestar con esa exactitud inútilmente buscada por la filosofía.

—La filosofía me parece un estudio muy agradable.

—Sí, tiene ciertos encantos. El vulgo goza visitando las casas de locos, atraído por el raro placer que ofrece el espectáculo de las miserias humanas, y no sé cómo no lee con precisión la historia de la filosofía, porque los locos, para ser filósofos, no dejan de ser locos recreativos. La medicina....

—¡La medicina! ¡Si la hubieras nombrado antes!

Quiero ser médico para curarme; estoy enfermo.

—Sea. La medicina es una hermosa ciencia que cuando cure las enfermedades llegará á ser útil; pero por ahora nos es permitido estudiarla como arte, sin ejercerle, lo cual es más humano. Tiene muchos puntos de contacto con el derecho, que se estudia por simple curiosidad, sin volverse á ocupar de él luego para nada.

—Entonces, no veo ningún inconveniente en comenzar por el estudio del derecho.

—Son también precisas algunas nociones sobre la retórica.

—También me gusta la retórica.

—El griego....

—Me entusiasma.

—El latín....

—Primero el latín, después el griego; como quieras, hermano. ¿Pero no sería mejor conocer antes el inglés, el alemán, el italiano, el español y las demás lenguas vivas?

—¡Pero, hijo!—exclamó Mederico sofocado;—vulgaricemos con calma; te lo ruego, porque mi paladar está seco. Reconozco que no puedo pronunciar más que un limitado número de palabras por minuto. Cada ciencia entrará en turno; pero por Dios, con un poco de método. Mi primera lección no brilla por su claridad en la exposición ni el encadenamiento lógico de los temas. Hablemos, si eso te gusta, pero hablemos desde ahora con el orden y la calma que distinguen á las conversaciones de las gentes sensatas.

—Hermano, tus juiciosas palabras me hacen reflexionar, y como soy poco aficionado á hablar, y menos á escuchar, porque en el segundo caso me es necesario pensar para comprender, trabajo inútil en el primero, aunque deseo profundizar los conocimientos humanos, prefiero ignorarlos

toda mi vida si no puedes comunicármelos todos juntos en tres frases.

—¿Por qué no me has participado desde el principio tu horror á los detalles? Sin abrir la boca te hubiera mostrado la pura esencia de muchas verdades sin hacer el menor gesto. No escuches y mira. Esa es la ciencia suprema.

Al terminar las frases anteriores, Mederico se montó á caballo sobre la enorme nariz de su compañero, con las piernas colgando hacia el abismo y el cuerpo echado hacia atrás para mirarle burlescamente. Levantó la mano derecha, apoyó delicadamente el dedo pulgar en su nariz, y volviéndose hacia los cuatro puntos del horizonte, saludó á la tierra moviendo los dedos con el aire más galante del mundo.

—¡Vamos!—dijo Sidonio—los ignorantes no son los que creemos. Te doy gracias por la vulgarización.

X

DE LOS DIVERSOS ENCUENTROS, EXTRAÑOS É IMPREVISTOS, QUE TUVIERON MEDERICO Y SIDONIO

Al llegar la noche, Sidonio se detuvo. Digo la noche, y digo mal, porque los momentos que llamamos noche y mañana no existían para unas gentes que vivían en la luz y en la sombra se-

gún su capricho. A decir verdad, los caminantes viajaban hacia dos horas justas.

—Se me duermen los puños—dijo el gigante.

—Frótalos, querido—respondió Mederico;—no puedo ofrecerte otro consuelo. Dime, ¿la educación no ha calmado un tanto tu genio batallador?

—No. A decir verdad, mi oficio de rey me ha hecho aborrecer los golpes de mano. Los hombres son muy fáciles de matar.

—Esa es humanidad bien entendida. ¡Marchemos! Ya sabes que buscamos el Reino de los Dichosos.

—¿Cómo! ¿le buscamos realmente?

—¡Hombre! no hacemos otra cosa desde que emprendimos la marcha; pero ese Reino de los Dichosos debe estar situado de un modo muy particular, cuando se ha ocultado á nuestra vista. Será necesario orientarnos.

—Si, ocupémonos del camino, si queremos llegar á algún sitio determinado.

En aquel momento los amigos se hallaban en una carretera, no lejos de una ciudad. A los dos lados del camino se extendían vastos jardines encerrados dentro de poco elevados muros, por los cuales asomaban ramas de árboles frutales, cargados de manzanas, peras, melocotones, apetitosos á la vista y en tal abundancia, que hubieran bastado para abastecer de postres á un ejército.

Al acercarse, divisaron, sentado sobre una piedra, á un pobre hombre de miserable aspecto, que al verlos llegar se levantó arrastrando los pies y tiritando de hambre y frío.

—¡Una limosna por caridad, señores!—exclamó.

—¡Por caridad! ¿Y dónde se halla esa señora?—preguntó Mederico.—¿Se ha perdido usted en el camino como nosotros? ¿Puede indicarnos dónde está el Reino de los Dichosos?

—¡Una limosna!—repitió el pobre.—¡No he comido hace tres días!

—¡Hace tres días!—dijo Sidonio asombrado.—No podría yo hacer otro tanto.

—¡Sin comer tres días!—murmuró Mederico.—¿Y por qué intentar semejante experimento? El universo entero reconoce que es preciso comer para vivir.

El mendigo sentóse de nuevo, frotándose las manos y cerrando los ojos de debilidad.

—¡Tengo mucha hambre!—dijo con desfallecido acento.

—¿No le gustan á usted los melocotones, ni las peras, ni las manzanas?—preguntó el enano.

—Todo me gusta, pero de todo carezco.

—¿Es usted ciego? Alargue la mano y verá sobre su cabeza un melocotón magnífico que apagará su hambre y su sed.

—Ese melocotón no es mío—respondió el pobre.

Los dos amigos se miraron estupefactos sin saber si reírse ú ofenderse.

—Escuche, buen hombre—repitió Mederico;—no consentimos que nadie se burle de nosotros. Si tiene usted intención de dejarse morir, haga usted lo que guste; y si, por el contrario, desea usted vivir el mayor tiempo posible, coma y digiera usted al sol.

—Ya veo, señor, que es usted extranjero y no sabe la mucha gente que muere contra su voluntad. Aquí los unos comen y los demás ayunan, según es la clase donde cada cual nace, desgraciada ó afortunadamente, cosa aceptada por todos. De muy lejos vendrá el que se asombre de ello.

—Singular historia. ¿Y cuántos son los que no comen?

—Más de cien mil.

—¡Ah! hermano Mederico, este encuentro—interrumpió Sidonio—es de los más extraños é imprevistos. No hubiera creído nunca que se encontrasen gentes en la tierra poseedoras del don singular de vivir sin comer. De esos asuntos no me has hablado.

—Ignoraba como tú esta particularidad, que recomendaré á los naturalistas como un nuevo carácter bien trazado, para separar la especie humana de las demás especies animales. Comprendo que en este país no sean los melocotones propiedad de todos, pues las pequeñeces del hombre tienen sus grandezas, y desde el momento en que todos no posean una riqueza común, nace de esa

injusticia una hermosa y suprema justicia: la de conservar á cada cual sus bienes.

El mendigo recobró su sonrisa dulce y conmovedora y balbuceó de nuevo:

—¡Una limosna por caridad, señores!

—No sé, buen hombre, dónde está la caridad —dijo Mederico.—Este melocotón no es tuyo y no te atreves á cojerlo, obedeciendo así á las leyes de tu país, conformándote con la idea del respeto á la sociedad, que has mamado en el seno de tu madre. Esas son buenas creencias que deben siempre enseñarse á los hombres, si quieren que el tembloroso andamiaje de su sociedad no se desplome á los primeros ataques del espíritu del exámen. Pero yo que no soy de esta sociedad, que rehusó toda fraternidad con mis hermanos, puedo hollar las leyes sin turbar su legislación ni sus creencias morales. Coge ese fruto, cómelo, pobre miserable, y si me condeno lo hago muy á gusto.

Al hablar así, Mederico cogió el melocotón y se lo presentó al mendigo, el cual se apoderó del fruto, lo consideró ávidamente, y después, en vez de llevarlo á la boca, lo arrojó por encima de las tapias del huerto. Mederico lo miró sin asombro.

—Hermano—dijo á Sidonio—fíjate bien en este hombre, que es el más puro tipo de la humanidad. Sufre, obedece y hace alarde de sufrir y obedecer. Le creo un sabio.

Sidonio dió algunos pasos con tristeza por abandonar á un pobre diablo muerto de hambre

y sed. Para explicarse la conducta del miserable le era necesario ser un poco más hombre de lo que era. Al marchar cogió la fruta, buscando con la vista á su alrededor por si hallaba á algún pobre menos escrupuloso á quien dársela.

Al aproximarse á la ciudad vió salir de una casa un cortejo de grandes señores acompañando una litera donde descansaba un anciano. Cuando se hubo aproximado reconoció que el viejo no contaría más de cuarenta años, y como los años no podían haber marchitado sus rasgos fisonómicos ni emblanquecido sus cabellos, seguramente el desgraciado moría de hambre, á juzgar por su palidez y la debilidad de sus miembros.

—Mederico—dijo Sidonio—ofrece esta fruta á ese indigente, que no puedo comprender cómo carece de todo recostado entre terciopelo y seda. Su demacrado rostro india, sin embargo, que es un pobre.

El enano pensó lo mismo que su amigo.

—Caballero—dijo políticamente al hombre de la litera;—sin duda no ha comido usted hoy. La vida tiene sus altas y sus bajas.

El hombre entreabrió sus ojos.

—Desde hace diez años no cómo—respondió.

—¡Ya lo decía yo!—exclamó Sidonio.—¡Qué infortunado!

—¡Oh!—replicó Mederico;—debe ser doble horrible el sufrimiento de faltar el pan en medio de ese lujo que le rodea. Tome usted, amigo,

coja este melocotón y temple con él su hambre.

El hombre, sin abrir los ojos, se encojió de hombros.

—¡Un melocotón! Déselo á mis lacayos si tienen hambre. Esta mañana mis sirvientas, bellas y seductoras jóvenes, arrodilladas ante mí me ofrecieron frutas exquisitas encerradas en coquetonas canastillas. Eran frutas de mis posesiones magnificas; pues bien, su aroma me hizo mucho daño.

—¡No es usted un mendigo!—interrumpió Sidonio cortado.

Los mendigos comen alguna vez, y yo nunca.

—¿Cuál es el nombre de esa maldita enfermedad?

Mederico, comprendiendo cuál era la miseria de aquel indigente cubierto de joyas y encajes, se encargó de responder á Sidonio.

—Es la enfermedad de los pobres millonarios —dijo.—No tiene nombre científico, porque las drogas no tienen efecto sobre ella; sólo se cura con una dosis fuerte de indigencia. Hermano mío, si este señor no come hoy, es por haber comido demasiado.

—¡Vaya! ¡qué mundo tan extraño! Que no se quiera comer melocotones cuando se tiene hambre, lo comprendo hasta cierto punto; pero que no se coma cuando se poseen bosques de árboles frutales, me parece ilógico. ¿En qué absurdo país nos encontramos?

—Estáis en pleno país civilizado, donde los

faisanes cuestan muy caros y mis perros los han aborrecido ya. ¡Dios os guarde de los festines de este mundo! Ahora me dirijo á casa de una aldeana para intentar comer un trozo de pan negro. Este encuentro me ha abierto algo el apetito.

El hombre volvió á tenderse y el cortejo siguió su lenta marcha. Sidonio le siguió con la vista, meneó la cabeza, hizo chasquear sus dedos dando así señales claras de su desdeñoso asombro. Después anduvo algunos pasos para alejarse de la ciudad, llevando en la mano la fruta que no le permitió hacer una limosna. Mederico reflexionaba.

No bien hubo andado diez pasos, cuando se sintió detenido, creyendo que su pantalón se había enredado en cualquiera planta espinosa, se bajó, y ¡cuál no fué su sorpresa al ver á un hombre de aspecto sanguinario y cruel que detenía su marcha! Aquel hombre pedía sencillamente la bolsa á los viajeros.

Sidonio, que no veía en su camino más que pobres de pedir limosna á quien socorrer con ansia, no oyó la demanda del hombre, y cogiéndole por el cuello hasta la altura de su rostro, le colocó en sus brazos para poder conversar más cómodamente.

—¡Eh, pobre bicho!—le dijo—¿tienes hambre? Te doy este melocotón si puedo calmar tus sufrimientos.

—No tengo hambre—dijo el ladrón con inquietud.

tud.—Acabo de salir de una taberna donde he bebido y comido para tres días.

—Entonces, ¿qué quieres?

—¡Valiente oficio sería el mío, si detuviera á los caminantes para quitarles su merienda! Quiero tu bolsa.

—¿Para qué, puesto que no tienes hambre ni la tendrás en tres días?

—Para ser rico.

Sidonio, estupefacto, cogió á Mederico en la otra mano y miróle gravemente.

—Hermano—le dijo—las gentes de este están de acuerdo para burlarse de nosotros, pues Dios no pudo crear criaturas tan poco sensatas. Mira á este imbécil que sin tener hambre detiene á los pasajeros y les pide la bolsa; es un loco que teniendo buen apetito quiere perderle al hacerse rico.

—Tienes razón; todo esto es ridículo. No has comprendido, no obstante, qué clase de mendigo tienes en la mano. Los ladrones tienen por oficio aceptar únicamente las limosnas que ellos se toman.

—Oye—dijo entonces el gigante al ladrón.—No obtendrás mi bolsa, por una excelente razón. Primero, porque quiero imponerte una ligera corrección; segundo, porque no puedo dejarte comer en paz cuando acabo de abandonar á un pobre hombre moribundo por carecer de todo lo que tú posees. Mi hermano Mederico me leerá algún

día el Código para hacerte ahorcar en toda regla; pero por hoy me bastará lavar tu cara en ese mar que está á mis pies, para que bebas también para tres días.

Sidonio abrió la mano y dejó caer al ladrón en el agua. Un hombre honrado se hubiera ahogado de fijo; pero el bribón se salvó nadando.

Los viajeros, sin volver hácia atrás la cabeza continuaron su marcha; el gigante con el melocotón en la mano, el enano pensando en sus tres últimos encuentros.

—Querido—dijo de repente este último—¿qué á punto hallas ahora frases! Nunca has hablado mejor.

—¡Oh!—respondió Sidonio;— es una costumbre muy sencilla. Ya no peleo, hablo.

—Ten la bondad de callarte ahora, para que te haga partícipe de mis reflexiones. Reconstruyo en mi imaginación la triste sociedad que nos ofrece en menos de una hora, los ejemplos de un hombre honrado muerto de hambre, de un canalla con la tripa llena para tres días y de un poderoso atacado de inapetencia. ¡Qué gran enseñanza!

—Déjate de esas enseñanzas, por Dios, hermano. Quiero creer sencillamente que nos hemos encontrado hoy hombres de una raza particular, que no han sido descritos aún por ningún viajero.

—Ya te entiendo. He leído curiosos detalles en un libro viejo, de un país en que los habitan-

tes sólo poseen un ojo colocado en medio de la frente; de otros cuyos cuerpos están partidos mitad en caballos, mitad en hombres; de otros cuya cabeza está en el centro del pecho. Sin duda hoy atravesamos una comarca cuyos habitantes tienen el alma en los talones, lo cual les impide juzgar claramente las cosas y les presta la idea de lo absurdo en sus actos y palabras. Sí, estos son monstruos. El hombre hecho á imagen de su Dios, debe ser una criatura muy superior.

—Eso es, Mederico; estamos en un país de monstruos. Mira venir hácia nosotros á ese otro mendigo tan delgado, tan exangüe, tan aplanado. Efectivamente ese anda sobre su alma, como decías antes.

El hombre que avanzaba seguía la orilla del foso haciendo famosos milagros de equilibrio, con las manos cruzadas hácia atrás y la cabeza levantada. Su pobre cuerpo cubierto por ancha túnica andrajosa, su rostro herido por una mezcla singular de sufrimiento y beatitud.

—No entiendo nada de la tierra—replicó Sidonio—si este infeliz no acepta mi fruta. Se muere de hambre, y no me parece por su aspecto ni un hombre honrado ni un malvado. Todo consiste en ofrecérselo con delicadeza, de lo cual te ruego, hermano, te encargues tú.

Mederico bajó á tierra, y como estaba colocado sobre la punta del zapato de Sidonio, aquel hombre se apechibó en seguirla.

—¡Oh!—dijo—¡qué lindo insecto! Mi bello amigo, ¿bebes rocío y te alimentas de flores?

—Señor—respondió el enanito—el agua pura me hace daño, y los perfumes me dan dolor de cabeza.

—¡Oh! ¡el insecto habla! ¡excelente encuentro! Me vas á sacar de un gran apuro, amable escarabajo.

—¿De modo que tiene usted hambre?

—¡Hambre! ¿He dicho eso? Verdaderamente tengo hambre.

—¿Comería usted un melocotón?

—Estimo esa fruta por lo aterciopelado de su piel; pero te doy las gracias porque no puedo comer. Tengo otra idea y acabo de encontrar lo que buscaba hace una hora.

—¡Ya!—dijo Sidonio con impaciencia;—¿qué busca usted con tan contristado aspecto, si no es un pedazo de pan?

—¡Bueno!—exclamó el pobre diablo;—¡un segundo encuentro! Un gigante en carne y hueso. Señor gigante, voy en busca de una idea.

A tal respuesta sentóse Sidonio á la orilla del camino, previendo largas explicaciones.

—¿Una idea? no entiendo.

—Señor gigante—continuó el hombre sin responder—soy poeta desde mi nacimiento, y no ignoras que la miseria es madre del genio. Arroja mi bolsa al río, y desde aquel dichoso día dejé á los tontos el triste cuidado de buscarse el sus-

tento. Como no tengo que ocuparme de ese detalle, ando en busca de ideas por los caminos, cómo lo menos posible para tener más dosis de genio, y nunca sufro los tormentos del hambre más que cuando carezco de ideas. Al ver á tu amigo tan lindo y gentil, han acudido á mi mente dos estrofas magníficas, de metro armonioso. Juzga si me he resarcido de mi ayuno. Cuando os he visto he temido las consecuencias de semejante encuentro, porque tenía metida en la cabeza una antítesis, una hermosa antítesis, el mejor trozo que se puede ofrecer á un poeta.

—¡Jesús!—exclamó Sidonio después de breves momentos;— este país es decididamente más absurdo de lo que creí. ¡Que extraña locura!

—Hijo mio—respondió Mederico—éste es un loco inocente, un mendigo de alma generosa, que da á los hombres más que lo que recibe de ellos. Yo también amo como él las carreteras y la caza de ideas: lloremos ó riámos ante su aspecto lúgubre, pero te ruego que no le coloques en el rango de los otros tres mónstruos.

—Júzgalo como quieras, hermano—replicó de mal humor el gigante.—El melocotón me molesta, y esos cuatro imbéciles han turbado de tal modo mis ideas sobre los bienes terrenales, que no me atrevo á hincarle el diente.

El poeta se sentó en una piedra, escribiendo con el dedo sobre el polvo, con una sonrisa que luminaba su demacrado rostro dándole infantil

expresión. En su sueño oyó las últimas frases de Sidonio, y como despertándose,

—Amigo—dijo—¿te incomoda de verdad esa fruta? Dámela y la llevaré al lado de un arroyo donde los pájaros bajan á apagar su sed; estoy seguro de que no la rechazarán. Mañana iré por el hueso para plantarle en algún rincón y pueda servir de alimento á los pájaros de la próxima primavera.

Cogió el melocotón y siguió escribiendo.

—Ya hemos hecho la limosna que querías y para tranquilizar tu espíritu quiero hacerte notar que hemos dado á los gorriones lo que les pertenece. En cuanto á nosotros, puesto que el hombre no goza del alimento providencial, procuraremos no comer lo que el cielo nos envíe. Nuestro paso por este país ha hecho nacer en nuestros cerebros nuevas y tristes dudas que estudiaremos pronto. Ahora contentémonos con buscar el Reino de los Dichosos.

El poeta seguía escribiendo reclinado sobre el polvo.

—Dígame, buen amigo—le gritó Mederico—¿podrá indicarnos dónde está el Reino de los Dichosos?

—¿El Reino de los Dichosos?—respondió el loco levantando la cabeza;—á nadie mejor puedes dirigirte, porque voy allá muy á menudo.

—¡Cómo! ¡Está tan cerca de aquí y hemos recorrido el mundo sin encontrarle!

—El Reino de los Dichosos, amigos, está en todas partes. Los que siguen los senderos con los ojos abiertos, los que le buscan como un reino de la tierra, elevando hacia el cielo sus torres y pararrayos, pasarán á su lado toda la vida sin llegar á descubrirle. Aunque es muy extenso, ocupa poco sitio en este mundo.

—¿Cuál es su camino?

—¡Oh! el camino es fácil y directo. Estéis colocados al Norte ó al Mediodía, la distancia es la misma y podéis de una zancada acortarla.

—¿Hacia qué sitio debo dar un paso?

—Da lo mismo. Dejádme introduciros en él; pero ante todo cerrad los ojos, y tú, gigante, levanta tu pierna.

Sidonio con los ojos cerrados levantó el pie y esperó un segundo.

—Baja el pie. Ya hemos llegado.

El poeta no se había movido de su lecho de polvo donde acabó tranquilamente una estrofa.

Sidonio y Mederico se hallaban ya en el hermoso Reino de los Dichosos.

XI.

UNA ESCUELA MODELO

—¿Hemos llegado al puerto?—preguntó Sidonio; ya estoy cansado y tengo necesidad de un trono donde sentarme.

—Sigamos andando, querido—respondió Mederico.—Es preciso que conozcamos nuestro reino, que me parece agradable para reposar en él apaciblemente.

Los dos viajeros atravesaron los pueblos y ciudades mirando á su alrededor, pues la tristeza que en ellos había producido la tierra se borraba poco á poco ante los puros horizontes, ante las apiñadas y silenciosas masas de aquel rincón del universo. Ya he dicho que el Reino de los Dichosos no era un paraíso de arroyos de miel y leche, sino una comarca de clara luz, de santa tranquilidad.

Mederico comprendió el admirable equilibrio de aquel reino, donde con un rayo menos hubiese reinado la obscuridad, y con uno más los ojos no hubieran resistido su excesivo resplandor. Pensó que allí debía encontrarse la sabiduría donde el hombre aprende á medir el bien y el mal, á aceptar su condición, sin sublevarse con sacrificios ni con crímenes.

Según iban avanzando, hallaron en medio del campo un vallado de fuertes hierros en el cual reconoció Mederico la escuela modelo fundada por la amable Primavera para sus queridos animales. Desde hacía mucho tiempo deseaba conocer las consecuencias de aquel ensayo de perfección, y haciendo acostar en el suelo al gigante cerca del muro, apoyando sus frentes en las barras, pudieron contemplar y seguir en todos sus detalles

una escena extraña que acabó de perfeccionar su educación.

Al primer golpe de vista no pudiéronse dar cuenta de la clase de criaturas estrambóticas que tenían ante sí, pues tres meses de caricias, de mutua enseñanza, de régimen frugal, pusieron á las pobres bestias en el más lastimoso estado.

Los leones, pelados y raquíticos, parecían enormes gatos caseros; los lobos, con la cabeza baja, estaban más delgados, más avergonzados que los perros vagabundos; las demás bestias, de complexión más delicada, dormitaban revueltas en el suelo, sin ofrecer á la vista más que sus puntiagudos huesos y sus hocicos alargados. Los pájaros é insectos estaban desconocidos, pues habían perdido los lindos colores de sus sencillos ropajes. Aquellos seres miserables temblaban de hambre y frío por no ser como Dios los crió, sino como los había puesto la civilización.

Con dificultad pudieron los viajeros reconocer a los diferentes animales, y á pesar de su respeto por el progreso y los beneficios de la instrucción, no pudieron menos de compadecer á aquellas víctimas del bien. Siempre da pena ver empobrecerse la creación.

Las bestias de la escuela modelo llegaron arrastrándose hasta el centro del vallado, y allí reunidas en círculo se prestaron á celebrar un consejo.

Un león menos debilitado que los demás tomó primero la palabra.

—Amigos míos— dijo— vuestro más querido deseo, el deseo de todos los que tenemos la dicha de estar aquí encerrados, es el de perseverar en la excelente vía de fraternidad y perfección que seguimos con resultados tan notables.

Un gruñido de aprobación le interrumpió.

—Voy á presentaros los deliciosos cuadros de recompensas que van á premiar nuestros esfuerzos. Formaremos un solo pueblo en el porvenir; tendremos un solo idioma; gozaremos la suprema alegría de ignorar lo que somos. Meditad bien en el encanto de aquel día en que no existan razas, en que todas las bestias tengan un pensamiento único, un mismo gusto, un mismo interés. ¡Oh amigos míos! ¡qué día más alegre será!

Un nuevo gruñido probó la unánime aprobación de la asamblea.

—Puesto que todos ansiamos la venida de dicho día—continuó el león—es urgente tomar medidas necesarias para que le podamos ver llegar nosotros. El régimen seguido hasta aquí es excelente, pero le creo poco sustancioso. Antes que todo es preciso vivir, y ya véis lo que adelgazamos cada día con el loable objeto de alimentar nuestras almas abandonando el cuerpo; así moriremos pronto. Pensad en que es absurdo desear un paraíso del cual no podremos gozar, dados los medios empleados. Es precisa una reforma radical.

La leche es un alimento muy moralizador, de fácil digestión y que dulcifica las costumbres; pero creo hacerme eco de todas las opiniones al decir que no podemos soportarla por más tiempo, que es muy poco alimenticia y que queremos algo más variado y menos líquido.

Una verdadera ovación de ladridos, rebuznos, gorjeos y mujidos acogió estas últimas frases del orador. El odio á la leche era popular entre aquellos honrados animales, que vivían hacia tres meses sometidos á aquella bebida azucarada. El barreñito diario les causaba náuseas. ¡Con qué ganas beberían hiel ó acibar!

Cuando se restableció el silencio,

—Compañeros—replicó el león—el motivo de nuestra reunión es patente: se reduce á probar que hay que proscribir la leche para sustituirla con un alimento más sólido que al ayudarnos á engordar nos imbuya buenas ideas. Vamos, pues, á proponer cada cual un sistema, para decidir después lo que ha de triunfar. Creo inútil haceros observar qué rectitud debe guiaros en vuestra elección, qué abnegación en vuestros gustos personales, para buscar un alimento conveniente á todos, ofreciendo garantías de moralidad y salud.

El entusiasmo rayó en delirio, pues un mismo pensamiento, una conmovedora unanimidad de sentimientos animaba á la asamblea.

El león discurría con humildad y dulzura, con

la mirada baja y con edificante aspecto, digno de respetuosa admiración.

—Me creo autorizado—continuó—por mi larga experiencia á daros la primera opinión en este delicado asunto, y lo haré con toda la modestia que conviene á un simple miembro de esta asamblea, pero también con toda la autoridad de un animal convencido. Quiero decir, que desespere de nuestra futura unión si mi plato no es aceptado por unanimidad. Por mi alma y mi conciencia os juro, después de haber reflexionado en el alimento más conveniente para la comunidad, que nada agradará al estómago y al corazón como un trozo grande de carne ensangrentada por la mañana y otro por la tarde.

El león se detuvo para recoger los justos aplausos que creía merecer, pero con gran asombro no oyó ni uno solo. ¡Adios la unanimidad! La asamblea no aprobó su método. Los lobos y las demás bestias feroces, las aves de rapiña y demás animales sanguinarios, se extasiaron ante la excelencia de aquel alimento; pero los de diferente naturaleza, los que viven en las praderas ó á la orilla de los ríos, demostraron con su silencio, con sus compungidos rostros, la poca virtud civilizadora que concedían á la carne.

Algunos segundos transcurrieron, llenos de frialdad y recelo. Siempre acobarda combatir la opinión de los poderosos, sobre todo cuando hablan en nombre de la fraternidad. En fin, una

oveja, más atrevida que sus hermanas, se decidió á tomar la palabra.

—Puesto que estamos aquí—dijo—para emitir francamente nuestras opiniones, dejadme daros la mía con la sencillez propia de mi naturaleza. Confieso no haber hecho ningún experimento con el alimento propuesto por mi hermano el león, que puede ser excelente para el estómago y delicado al paladar, pero no le creo de una influencia benéfica en cuanto á la moral. Una de las bases de nuestro progreso debe ser el respeto á la vida, y no es respetarla alimentarnos con cuerpos muertos. ¿No teme mi hermano el león extraviarse en su celo escogiendo un alimento que en vez de conducirnos á la bella unidad de que ha hablado en términos calurosos, nos lleve á la ruina? Somos bestias honradas, y no es cosa de devorarnos los unos á los otros. ¡Lejos de mí tan horrible idea! Y puesto que los hombres declaran poder comernos sin dejar de ser buenas almas y criaturas elegidas por Dios, podemos seguramente comer hombres continuando siendo juiciosos y fraternales animales, tendiendo á una perfección absoluta. Mucho tomo las malas tentaciones, la fuerza de la costumbre, si la carne del hombre llega á faltarnos. No puedo, por tanto, votar una comida tan imprudente. Creedme; el sólo alimento conveniente que la tierra produce en abundancia, sano, refrescante, variado hasta lo infinito.... ¡Oh! ¡Qué festín, hermanos míos!

¡Legumbres! todas las hierbas de los valles, las de los montes! Hablo cuerdate, sin ningún oculto pensamiento, con el inocente deseo de vivir sin matar. Yo os lo aseguro; sin la hierba no habrá unión posible.

Callóse la oveja, observando de reojo el efecto producido por su discurso; algunas escasas adhesiones se elevaron del costado de la asamblea ocupado por los caballos, los bueyes y otros bichos aficionados á los granos y verduras. En cuanto á las bestias que aprobaron la proposición del león, acogieron la de la oveja con desprecio y con gestos de mal presagio para el orador.

Un gusano de seda, privado de tacto, tomó la palabra. Era un filósofo austero que se preocupaba poco del juicio ajeno y gozaba en el bien por el bien mismo.

—Vivir sin matar—dijo—es una bella máxima y aplaudo las conclusiones de mi hermana la oveja; sólo que mi hermana me parece algo golosa. Buscamos un plato y nos ofrece cincuenta, complaciéndose en pensar en un menú de príncipe y en platos numerosos de diversos gustos. ¿Olvida acaso que la sobriedad, el desdén hacia los manjares delicados, son virtudes necesarias á las bestias que se ocupan del progreso? El porvenir de la sociedad depende de la mesa: comer poco y en un sólo plato es el único medio de apresurar la venida de una civilización fuerte y duradera. Propongo, por lo tanto, contener nuestro apetito y

contentarnos con una sola especie de hojas; y como la elección no es más que cuestión de gusto, pienso satisfacer el de cada cual eligiendo la hoja de la zarzamora.

—Ya, viejo ladino—gritó un pelicano;—¿no estamos bastante delgados sin exponernos á los cólicos que puede producirnos una hierba tan húmeda? Fraterniza si quieres con la oveja; pero yo pienso como mi hermano el león, con la diferencia de que no apruebo su proposición de la carne chorreando sangre. Sólo le da al cuerpo la fuerza de hacer el bien, pero la de pescado, blanca y delicada, es la que constituye un alimento de sabroso gusto, apreciado por todo el mundo. En fin, con este último argumento voy á convencerlos: los mares ocupan sobre el globo doble sitio que los continentes; ¡qué mejor ni más vasta despensa! Mis hermanos comprenderán estas razones.

Los hermanos se guardaron muy bien de comprenderlas, y juzgando á propósito para dar término á los debates gritar todos á una, así lo hicieron, emitiendo cada cual su opinión, gesticulando, perorando, manifestó su plato de elección y defendiéndole en nombre de la moral y de la gula. Si todos los platos propuestos hubieran sido aceptados, el mundo entero hubiérase convertido en un guisado, pues no hubo materia que no fuese declarada excelente manjar, desde la hierba hasta la madera, desde la carne hasta el guijarro. Profunda enseñanza, como decía Mederico,

que mostraba lo que es la tierra: un feto sin vida propia, donde la vida y la muerte luchan en estos tiempos con fuerzas iguales.

En medio de aquella baraunda, un gato joven se esforzaba por hacer comprender á la asamblea que deseaba darles á conocer una verdad decisiva.

Tanto luchó con las patas y la garganta, que al cabo logró obtener un momento de silencio.

—¡Por piedad, hermanos míos! cesad en esta discusión que aflige las almas tiernas; brota sangre de mi corazón al ver esta lamentable escena! ¡Qué lejos estamos de esas costumbres dulces, de esa prudencia de palabras que busco desde mis más tiernos años! ¡Valiente objeto de querrela es el miserable alimento, sostén de un cuerpo mortal! Acudid á vuestros rectos espíritus y os reiréis de esa cólera, producto de tan estúpida cuestión, pues la elección más ó menos aceptada de un vil alimento, no es digna de ocuparnos ni un segundo. Vivamos como hemos vivido, sin cuidarnos más que de las reformas morales; filcsofemos y sigamos bebiendo nuestra escudilla de leche. Después de todo, es de un gusto agradable, muy superior á la de los platos con que queréis sustituirla.

Aullidos espantosos acogieron estas últimas palabras, pues la malhadada idea del joven gato acabó por irritar á los animales, recordándoles el brevahe inmundado en que se habían lavado las